

DON JUAN TENORIO

José Zorrilla, 1844

A Zorrilla lo encandilaban los mal nacidos. De pequeño, fue alumno de los jesuitas. De mayor, intelectual a sueldo de un dictador coronado y esclavista ⁽¹⁾. Entre medias, poeta y dramaturgo que dedicó su obra más popular a ensalzar la figura de un canalla.

Considerada por algunos “un admirable monumento de desparpajo y simpatía”, *Don Juan Tenorio* es la glorificación de un tipejo que alardea de matar hombres y deshonorar mujeres, atropellos que comete con mayor ardor si los incentiva una apuesta. Hoy, cuando la persistencia del piropo provoca sarpullidos en los que abogan por el sexo libre de sexismo, este tipo de individuos y sus propagandistas deberían provocar náuseas. Pero no. Zorrilla sigue siendo venerado en las aulas de Literatura y su *Don Juan* se representa religiosamente cada año al llegar el día de Todos los Santos.

La réplica al personaje central corresponde a doña Inés, una joven novicia sin más horizontes que los muros interiores del convento donde fue ingresada casi desde que nació y del que va a salir para casarse con un depravado por acuerdo de los padres de ambos. (No entiendo que el padre de Inés accediese a casarla con un personaje cuya mala fama es notoria en toda Sevilla. Ni tampoco qué mueve a don Juan a secuestrar una mujer que le ha sido concedida.) Lo mejor de doña Inés es que no haya sido atacada por el virus evangelizador que la impulsaría a redimir al descreído. Ni siquiera sabe de qué va el llamado a ser su esposo, de quien sólo conoce la versión angelical transmitida por una dueña pérfida y por una carta en la que el calavera se presenta como un alma cándida y doliente rendida a los encantos de la novicia. (En la segunda parte de la obra, una especie de suplemento dominical para místicos alucinados, Zorrilla la somete a una degradación imperdonable.)

En el campo del lenguaje, no faltan las expresiones propias de su tiempo, como *usarced* o *en redor*, y numerosos solecismos: Zorrilla es laísta ocasional (“yo *la* daré un buen esposo”) y leísta recalcitrante (“*le* abandonó desheredándole”, “Dios no *le* ha querido”, “¿Es don Juan quien me *le* envía?”, “a la cárcel *le* llevé”, “desde que *le* vi”, “yo *le* seguí”, “si *le* veo”, “*le* sorprende”, “*le* halla”, “*le* tomaré”...). Este vicio aparece combinado con el uso de *deber de* cuando debiera ser *deber* (“no *le debéis de temer*”).

No quiero cerrar esta reseña sin recomendar la comparación de *Don Juan Tenorio* con *Don Giovanni* de Mozart, escrito en el siglo anterior y, sin embargo, mucho más moderno, sin ensalzamiento de la figura del rompecorazones, con una ultratumba no cielista y unos personajes que no invocan a Cristo, la Virgen o la Corte celestial. Ver argumento de [Don Giovanni](#)

(1) En 1864, Maximiliano de Habsburgo, emperador de México por imposición de Napoleón III, nombró a Zorrilla lector de la Corte y director del Teatro Imperial, cargos que desempeñó hasta su regreso a España en 1866. En 1858 cofundó en Cuba una sociedad dedicada al tráfico de esclavos.

EXTRACTO DE LA OBRA

PARTE I

Acto I. Libertinaje y escándalo

Hostería del Laurel, Sevilla, propiedad del genovés Cristóforo Buttarelli

Escena I

Sentado a una mesa, don Juan escribe. Es carnaval y la charanga lo importuna: “¡Cuán gritan esos malditos! / ¡Pero mal rayo me parta / si en concluyendo la carta / no pagan caros sus gritos!”

Su criado, Ciutti, genovés como el posadero, muestra a éste su satisfacción por disfrutar de “tiempo libre, bolsa llena, / buenas mozas y buen vino”, todo gracias a tener un amo que “varea la plata” y es bravo “como un pirata”.

Don Juan termina la carta y encomienda a Ciutti que se la entregue a doña Inés, cuya dueña le dará “una llave, una hora y una seña”.

Escena II

Don Juan pregunta a Buttarelli si ha visto a don Luis Mejía, con quien hace un año se apostó “quién haría en un año / con más fortuna, más daño”. Ante la negativa del hostelero, don Juan se marcha.

Escena III

Atraído por el alboroto callejero, Buttarelli se asoma a tiempo de ver cómo don Juan pone en fuga a un grupo numeroso.

Escena IV

Buttarelli ordena a Micheletto que prepare una mesa con dos botellas “del Lacryma più antico”. Patrón y criado hablan en italiano, idioma en el que ya don Juan se había expresado en la escena anterior.

Escena V

Don Gonzalo entra embozado en la hostería y pregunta a Buttarelli por los citados, a quienes el hostelero define como “los dos mozos más gentiles / de España”, a lo que el recién llegado añade: “y los más viles / también”. Dicho esto, don Gonzalo declara el motivo de su presencia: “Quisiera yo ocultamente / verlos, y sin que la gente / me reconociera”. Buttarelli le ofrece un antifaz.

Escena VI

Don Gonzalo, para sí, expresa su deseo de ver a su hija muerta ante que desposada con Tenorio.

Escena VII

El plazo para la cita se cumplirá a las ocho.

Escena VIII

Llega a la hostería don Diego, también embozado, y repite la escena de don Gonzalo, sentándose en el lado opuesto.

Escena IX

Entran Avellaneda, el capitán Centellas y dos caballeros. Centellas da a Buttarelli razón de su larga ausencia: “Las guerras / del Emperador a Túnez / me llevaron.”

Escena X

Avellaneda y Centellas hablan de las hazañas de don Luis y don Juan. Avellaneda apuesta por su “muy amigo” Mejía; Centellas, por Tenorio.

Escena XI

Las ocho se aproximan y varios curiosos entran en la hostería. Sobre la última campanada, entra don Juan y, tras él, don Luis, ambos con antifaz.

Escena XII

Los dos rivales se acercan a la mesa reservada y se identifican, quitándose el antifaz. Avellaneda, Centellas y los dos caballeros se acercan a ellos y los saludan con “cariño y amistad”. Don Juan es el primero en fanfarronear: “Por doquiera que voy / va el escándalo conmigo”. Don Luis replica: “Un día / dije que en España entera / no habría nadie que hiciera / lo que hiciera Luis Mejía /.../ Y vinimos a apostar / quién de ambos sabría obrar / peor, con mejor fortuna, / en el término de un año.”

Como escenario de sus “hazañas”, don Juan escogió Italia, tierra disputada por las coronas española y francesa: “Díjeme: ¿Dónde mejor? / Donde hay soldados, hay juego, / hay pendencias y amoríos. / Di, pues, sobre Italia luego, / buscando a sangre y a fuego / amores y desafíos /.../ Las romanas caprichosas, / las costumbres licenciosas, / yo gallardo y calavera / quién a cuento redujera / mis empresas amorosas. / Salí de Roma por fin / como os podéis figurar, / con un disfraz harto ruin, / y a lomos de un mal rocín, / pues me querían ahorcar.”

Fue luego a “Nápoles, rico vergel / de amor,” y allí volvió a proclamar: “Desde la princesa altiva / a la que pesca en ruin barca, / no hay hembra a quien no suscriba.” Resumiendo: “En medio año /.../ no hubo escándalo ni engaño / en que no me hallara yo. / Por donde quiera que fui, / la razón atropellé, / la virtud escarnece, a la justicia burlé / y a las mujeres vendí. / Yo a las cabañas bajé, / yo a los palacios subí, / yo los claustros escalé, / y en todas partes dejé / memoria amarga de mí. / Ni reconocí sagrado, / ni hubo razón ni lugar / por mi audacia respetado. /.../ A quien quise provoqué, / con quien quiso me batí, / y nunca consideré / que pudo matarme a mí / aquel a quien yo maté.”

De sus fechorías da fe un escrito en el que ha ido apuntando los hombres que mató y las mujeres que sedujo. Es el turno de Mejía, que eligió otro escenario bélico: Flandes. Allí perdió su fortuna y para ir tirando hubo de unirse a unos bandoleros con quienes asaltó el palacio episcopal de Gante. Una disputa por el reparto lo llevó

a matar al jefe de la banda y a ser nombrado nuevo capitán. Pero durante la noche se larga llevándose el dinero de todos. En Alemania es denunciado por un fraile que lo ha reconocido. Tras matar al fraile, cruza la frontera de Francia. Llegado a París no tarda en anunciarse: “Aquí hay un don Luis / que vale lo menos dos. / Parará aquí algunos meses, / y no trae más intereses / ni se aviene a más empresas, / que adorar a las francesas / y reñir con los franceses.” Y repite las palabras de don Juan: “En medio año /.../ no hubo lance extraño / ni escándalo ni engaño / donde no me hallara yo /.../ Por donde fui / la razón atropellé, / la virtud escarnecí, a la justicia burlé / y a las mujeres vendí.” Seguidamente, anuncia su propósito de casarse con Ana de Pantoja para resarcirse de sus pérdidas económicas y muestra un papel similar al que mostró don Juan.

Los papeles de uno y otro muestran “en dos líneas separadas / los muertos en desafío / y las mujeres burladas.” El vencedor es don Juan: 32 muertos por 23 y 72 conquistas por 56. Y por tercera vez proclama: “Desde una princesa real / a la hija de un pescador, / ha recorrido mi amor / toda la escala social.” La lista parece intachable, pero don Luis encuentra una falta: “Una novicia / que esté para profesar.” Don Juan no sólo apuesta que conseguirá los favores de la novicia, sino también los de la mujer con la que quiere casarse don Luis. Y todo en el plazo de seis días. Don Luis lo escucha atónito: “¿Cuántos días empleáis / en cada mujer que amáis?” La respuesta es categórica: “Uno para enamorarlas, / otro para conseguirlas, / otro para abandonarlas, / dos para sustituirlas / y una hora para olvidarlas.”

Mejía habla con Gastón su criado, que sale apresuradamente de la hostería. Lo mismo sucede entre Tenorio y Ciutti.

Incapaz de permanecer más tiempo inmóvil, don Gonzalo, padre de Inés, se enfrenta a don Juan: “Vuestro buen padre don Diego, / porque pleitos acomoda, / os apalabró una boda.” Ante la exigencia de don Juan, el anciano descubre su rostro iracundo: “Desde hoy / no penséis en doña Inés. / Porque antes que consentir / en que se case con vos, / el sepulcro, ‘juro a Dios!, / por mi mano la he de abrir.” Don Juan se burla del padre ultrajado y declara su propósito de seguir adelante con la apuesta.

Ahora el que abandona su asiento es don Diego: “No puedo más escucharte, / vil don Juan, porque recelo / que hay algún rayo en el cielo / preparado a aniquilarte /.../ No te olvides / de que hay un Dios justiciero.” En nuevo acto de insolencia, don Juan arrebató el antifaz a su padre: “¡Válgame Cristo, mi padre!” A lo que don Diego responde: “Mientes; no lo fui jamás. / ¡No; los hijos como tú / son hijos de Satanás!” Y con don Gonzalo acuerda la anulación del compromiso. Antes de irse, don Diego da muestras de su altruismo: “Don Juan, en brazos del vicio / desolado te abandono; / me matas... mas te perdono: / de Dios es el santo juicio.”

Escena XIII

Don Juan dirige un último desprecio a su padre y se ratifica en su apuesta, cuyo precio, en caso de perderla, sería su propia vida.

Escena XIV

Al salir de la hostería, don Juan es detenido por la ronda. Siguiendo las instrucciones de su amo, Gastón lo ha delatado. Mejía cree haber ganado la partida.

Escena XV

Otra ronda hace lo propio con Mejía, delatado por Ciutti.

Escena XVI

Centellas y Avellaneda apuestan cada cual por uno de los detenidos.

Acto II. Destreza

Exterior de la casa de los Pantoja (don Gil y su hija Ana)

Escena I

Mejía, embozado, quiere advertir a doña Ana de las intenciones de don Juan.

Escena II

También llega Pascual sirviente de doña Ana. Mejía lo aborda y le explica cómo recobró la libertad fiado por un primo suyo que es tesorero real. Tras invocar a la Virgen del Pilar y jurar por san Ginés, Pascual se pone de parte de Mejía: “Más que un buen aragonés / no ha de valer un Tenorio. / Todos esos lenguaraces, / espadachines de oficio, / no son más que frontispicio /.../ Y sus empresas y bullas / se reducen todas ellas / a hablar mal de las doncellas / y a huir ante las patrullas.” Naturalmente, Mejía se da por aludido, pero Pascual lo absuelve: “No lo hablo por vos, / que aunque sois un calavera, / tenéis la alma bien entera.” Mejía agradece la buena disposición de Pascual, pero cree que la única manera de impedir el triunfo de su rival es custodiar él mismo los aposentos de doña Ana: “Yo fío en las mujeres / mucho menos que en don Juan.” Pascual le ofrece su cuarto, pero tendrá que esperar a que se acueste don Gil, su amo.

Escena III

Pascual entra en la casa. Mejía, que no puede contener su impaciencia, llama a la ventana de doña Ana.

Escena IV

Ana resta importancia a los temores de Mejía.

Escena V

Por la otra fachada aparecen Ciutti y don Juan, al que ha liberado el Alcaide. Ciutti atiende la petición de su amo: “Esta es la llave / de la puerta del jardín, / que habrá que escalar al fin; / pues como usarced ya sabe, / las tapias de este convento / no tienen entrada alguna.” También asegura tener previstos los caballos y la gente. Al doblar la esquina, ven un hombre junto a una reja. Tenorio da órdenes a Ciutti de poner en fuga al intruso, matándolo si fuera necesario.

Escena VI

Mejía se despide de Ana, prometiendo volver a las diez para recibir de ella la llave de la casa.

Escena VII

Antes de irse, don Luis descubre a don Juan merodeando la casa y trata de enfrentarse a él, pero Ciutti y un grupo de hombres lo sujetan y tapan la boca.

Escena VIII

Don Juan celebra el desenlace: “Buen lance, ¡viven los cielos! / ¡Estos son los que dan fama! / Mientras le soplo la dama, / él se arrancará los pelos.” De sus pensamientos lo saca la llegada de “un bulto negro” con aspecto de mujer.

Escena IX

Es Brígida, dueña de Inés, cuyo favor ha sido comprado por don Juan para llegar hasta la novicia. La traidora encarece su cometido: “No cuenta la pobrecilla / diez y siete primaveras, / y aún virgen a las primeras / impresiones del amor /.../ Le hablé del amor, del mundo, / de la corte y los placeres, / de cuánto con las mujeres / erais pródigo y galán /.../ Os he pintado / muerto por ella de amor / desesperado por ella / y por ella perseguido, / y por ella decidido / a perder vida y honor. / En fin, mis dulces palabras /.../ allá dentro de su pecho / han inflamado una llama / de fuerza tal, que ya os ama / y no piensa más que en vos.” El discurso de Brígida también abrasa el pecho de don Juan.

Escena X

Al marcharse Brígida, Ciutti se reúne con su amo. Ambos se acercan a la reja de los Pantoja. A una seña convenida, Lucía se asoma.

Escena XI

Ante la reticencia de Lucía, don Juan le muestra una bolsa con más de cien doblas de oro, cantidad que aún tendrá que duplicar antes de que la mujer acceda.

Escena XII

Don Juan y Ciutti celebran la buena marcha del asunto: “Con oro nada hay que falle; / Ciutti, ya sabes mi intento: / a las nueve, en el convento; / a las diez, en esta calle.”

Acto III. Profanación

Celda de doña Inés

Escena I

La abadesa prepara a doña Inés para su inminente salida al mundo: “Sois joven cándida y buena; / vivido en el claustro habéis / casi desde que nacisteis /.../ ¡Ay! En verdad que os envidio, / venturosa doña Inés, / con vuestra inocente vida, / la virtud del no saber.”

Escena II

Cuando la abadesa se va, Inés se debate inquieta.

Escena III

Llega Brígida. Reprocha a Inés que no haya leído el libro que le trajo, un Horario regalo de don Juan. Ante la insistencia de su aya, Inés abre el libro, de entre cuyas hojas cae una carta. Inés la recoge: “¡Ay! Se me abrasa la mano / con que el papel he cogido.” Lee: “Doña Inés del alma mía /.../ Luz de donde el sol la toma, / hermosísima paloma / privada de libertad /.../ Nuestros padres de consuno / nuestras bodas acordaron, / porque los cielos juntaron / los destinos de los dos /.../ Inés, alma de mi alma, / perpetuo imán de mi vida, / perla sin concha escondida / entre las algas del mar /.../ Acuérdate de quien llora / al pie de tu celosía, / y allí le sorprende el día / y le halla la noche allí /.../ Adiós, oh luz de mis ojos; / adiós, Inés de mi alma; medita, por Dios, en calma / las palabras que aquí van”. Inés se estremece arrebatada, y aun más cuando escucha venir a su puerta unos pasos que Brígida identifica con los de don Juan.

Escena IV

Al entrar don Juan, doña Inés se desmaya. Don Juan la sostiene en sus brazos y la saca de la celda.

Escena V

El ruido de unos pasos hace acudir a la abadesa, que encuentra la celda desierta.

Escena VI

Los pasos son de la tornera, que le anuncia la llegada de un noble anciano, don Gonzalo de Ulloa, comendador de la Orden.

Escena VII

La abadesa habla para sí: “me place, / pues no hallando a su hija aquí, / la reprenderá, y así / mirará otra vez lo que hace.”

Escena VIII

Don Gonzalo está convencido de que don Juan ha comprado a la dueña de doña Inés. La ausencia de ambas mujeres y la lectura de la carta provocan el reproche de don Gonzalo a la abadesa: “Mientras que vos / por ella rogáis a Dios, / viene el diablo y os la quita.”

Escena IX

La tornera confirma las sospechas de don Gonzalo: “Vengo muerta /.../ He visto a un hombre saltar / por las tapias de la huerta.” El Comendador increpa a la abadesa que le pregunta a dónde va: “¡Imbécil! Tras de mi honor, / que os roban a vos de aquí.”

Acto IV. El diablo a las puertas del cielo

Quinta de don Juan Tenorio, cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir

Escena I

Brígida se queja del ajetreo vivido esa noche. Ciutti responde que, con don Juan, eso es normal: “A su lado / la fortuna siempre va, / y encadenado a sus pies / duerme sumiso el azar /.../ No he visto hombre / de corazón más audaz; no halla riesgo que le espante, / ni encuentra dificultad / que al empeñarse en vencer / le haga un punto vacilar.”

Son más de la doce y don Juan aún no ha llegado. En el río aguarda un bergantín que los llevará a Italia.

Escena II

Inés vuelve en sí. Brígida le explica que mientras leía la carta de don Juan estalló en el convento un incendio espantoso: “Apenas ya respirar / podíamos, y las llamas / prendían en nuestras camas; / nos íbamos a asfixiar, / cuando don Juan, que os adora, / y que rondaba el convento, / al ver crecer con el viento / la llama devastadora, / con inaudito valor / viendo que ibais a abrasaros, / se metió para salvaros / por donde pudo mejor. / Vos, al verlo asaltar / la celda tan de improviso, / os desmayasteis... /.../ Y él, cuando os vio caer así, / en sus brazos os tomó / y echó a huir, yo le seguí, / y del fuego nos sacó.”

La oposición de Brígida a llevarla a casa de su padre, hace recelar a Inés: “Me estás confundiendo, / Brígida... y no sé qué redes / son las que entre estas paredes / temo que me estás tendiendo /.../ ¡Ah! Tú me diste un papel / de manos de ese hombre escrito, / y algún encanto maldito / me diste encerrado en él /.../ ¿Que le amo dices...? Pues bien; / si esto es amar, sí, le amo; / pero yo sé que me infamo / con esa pasión también.” Inés insiste en salir de la casa, pero en ese instante llega don Juan.

Escena III

Don Juan miente a Inés diciendo que don Gonzalo está al tanto de todo: “Cálmate, pues, vida mía; / reposa aquí, y un momento / olvida de tu convento / la triste cárcel sombría. / ¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, / que en esta apartada orilla / más pura la luna brilla / y se respira mejor? / Esa aura que vaga llena /.../ esa agua limpia y serena /.../ ¿no es cierto, paloma mía, / que están respirando amor? / Esa armonía que el viento /.../ ese dulcísimo acento /.../ ¿no es verdad, gacela mía, / que están respirando amor? / Y estas palabras que están /.../ y cuyas ideas van /.../ no es verdad, estrella mía, / que están respirando amor? / Y esas dos líquidas perlas /.../ y ese encendido color /.../ ¿no es verdad, hermosa mía, / que están respirando amor?” Inés intenta silenciar la boca que la enloquece: “¡Callad, por Dios, ¡oh don Juan! /.../ ¡Ah! Callad, por compasión, /.../ Tal vez Satán puso en vos / su vista fascinadora, / su palabra seductora / y el amor que negó a Dios. / ¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!, / sino caer en vuestros brazos, / si el corazón en pedazos / me vais robando de aquí? / No, don Juan; en poder mío / resistirte no está ya; / yo voy a ti como va / sorbido al mar ese río. / Tu presencia me enajena, / tus palabras me alucinan, / y tus ojos me fascinan, / y tu aliento me envenena. / ¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro / de tu hidalga compasión; / o arráncame el corazón / o ámame, porque te adoro.”

Las palabras de Inés abren ante don Juan las puertas de la redención: “¡Alma mía! Esa palabra / cambia mi modo de ser /.../ No es, doña Inés, Satanás / quien pone este amor en mí; / es Dios, que quiere por ti / ganarme para Él quizás /.../ Iré mi orgullo a postrar / ante el buen Comendador, / y, o habrá de darme tu amor, / o me tendrá que matar.”

El diálogo es interrumpido por la llegada de un hombre embozado.

Escena IV

Don Juan inquiera la identidad del visitante, pero Ciutti no sabe darle razón.

Escena V

Precavido, don Juan se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas. Ciutti lleva al embozado ante don Juan y se retira.

Escena VI

El recién llegado, que no es otro que don Luis Mejía, declara su intención de matar a don Juan. Hasta ese momento, ni su aspecto ni su voz han sido reconocidos.

Escena VII

El duelo verbal es interrumpido por la llegada del Comendador con gente armada.

Escena VIII

Don Juan pide a don Luis que le permita primero zanjar su asunto con don Gonzalo.

Escena IX

Don Juan se arrodilla ante el Comendador: “Jamás delante de un hombre / mi alta cerviz incliné, / ni he suplicado jamás, / ni a mi padre ni a mi rey. / Y pues conservo a tus plantas / la postura en que me ves, / considera, don Gonzalo, / que razón debo tener /.../ Comendador, / yo idolatro a doña Inés, / persuadido de que el cielo / me la quiso conceder / para enderezar mis pasos / por el sendero del bien /.../ Lo que justicias ni obispos / no pudieron de mí hacer / con cárceles y sermones, / lo pudo su candidez. / Su amor me torna en otro hombre / regenerando mi ser, / y ella puede hacer un ángel / de quien un demonio fue /.../ Yo seré esclavo de tu hija, / en tu casa viviré, / tú gobernarás mi hacienda / diciéndome esto ha de ser /.../ Cuantas pruebas exigieres / de mi audacia o altivez, / del modo que me ordenares / con sumisión te daré. / Y cuando estime tu juicio / que la pueda merecer, / yo la daré un buen esposo / y ella me dará el Edén.” Pero todo es en vano: “¡Nunca! ¡Nunca! ¿Tú su esposo? / Primero la mataré.”

Escena X

En ese punto, se muestra don Luis para burlarse del arrodillado, de tal modo que “la ira soberana / de Dios junta, como ves, / al padre de doña Inés / y al vengador de doña Ana.” Ante la inutilidad de su humillación, Tenorio descarga un pistoletazo contra don Gonzalo, da una estocada a don Luis y profiere airado: “Llamé al cielo, y no me oyó, / y pues sus puertas me cierra, / de mis pasos en la tierra / responda el

cielo, y no yo.” Dicho esto, salta por el balcón yendo a caer en el agua del río. Poco después se escuchan los remos del bergantín calabrés.

Escena XI

Los alguaciles descubren los cadáveres: “Justicia por doña Inés.” A lo que ella responde: “Pero no contra don Juan.”

PARTE II

Acto I. La sombra de doña Inés

Panteón de la familia Tenorio. El teatro representa un magnífico cementerio, hermo­seado a manera de jardín. En primer término, los sepulcros de don Gonzalo de Ulloa, de doña Inés y de don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra, de rodillas ellos, de pie ella. Al fondo, el sepulcro y la estatua de don Diego Tenorio. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Cipreses y flores embellecen la decoración, que no debe tener nada horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

Escena I

Un escultor monologa ante su obra: “¡Ah, mármoles que mis manos / pulieron con tanto afán! / Mañana os contemplarán / los absortos sevillanos; / y al mirar de este panteón / las gigantes proporciones, / tendrán las generaciones / la vuestra en veneración /.../ ¡Oh, frutos de mis desvelos, / peñas a quien yo animé, / y por quienes arrojé / la intemperie de los cielos! / El que forma y ser os dio / va ya a perderos de vista; / velad mi gloria de artista, / pues viviréis más que yo. / Más, ¿quién llega?”

Escena II

Don Juan, embozado, se dirige al escultor: “Años ha / que falto de España ya, / y me chocó el ver al paso /.../ ¡El palacio hecho panteón!” A instancias de don Juan, el escultor relata la historia: “Pues habitó esta ciudad / y este palacio, heredado, / un varón muy estimado / por su noble calidad /.../ Tuvo un hijo este don Diego / peor mil veces que el fuego, / un aborto del abismo. / Un mozo sangriento y cruel / que con tierra y cielo en guerra / dicen que nada en la tierra / fue respetado por él. / Quimerista, seductor / y jugador con ventura, / no hubo para él segura / vida, ni hacienda, ni honor.” En desagravio por los males de su hijo, don Diego mandó construir el panteón con la condición de “que se enterraran en él / los que a la mano cruel / sucumbieron de su hijo.” El escultor dice haber concluido la obra “ha un mes”. Y explica la ausencia de don Juan entre los muertos: “Yo quise poner también / la estatua del matador / entre sus víctimas; pero / no pude a manos haber / su retrato. Un Lucifer / dicen que era el caballero / don Juan Tenorio.” Además, “sólo a él le está prohibida / en este panteón la entrada.” Altivo, don Juan se engalla: “Trae don Juan muy buena espada, / y no sé quién se lo impida /.../ Hombre es don Juan que, a querer, / volverá el palacio hacer / encima del panteón /.../ ¿Qué respetos gastar debe / con los que tendió a sus pies?” El escultor se espanta: “¡Qué monstruo, supremo Dios!” La invocación suscita la protesta de don Juan: “Podéis estar convencido / de que Dios no le ha querido.”

Don Juan despide al escultor, cuando repara en la estatua de doña Inés: “¿También murió?” El escultor asiente: “Dicen que de sentimiento / cuando de nuevo al convento / abandonada volvió / por don Juan.” Para compensar la maestría del escultor, don Juan le entrega una suma de dinero. Luego le pide las llaves, revelando su identidad para vencer la reticencia del escultor/celador.

Escena III

Don Juan se queda solo con las estatuas: “No os podréis quejar de mí, / vosotros a quien maté; / si buena vida os quité, / buena sepultura os di.” La hermosura de la noche lo lleva a reflexionar: “Después de tantos años / cuyos recuerdos me espantan, / siento que aquí se levantan (Señalando a la frente) / pensamientos en mí extraños /.../ ¡Oh! Acaso me los inspira / desde el cielo, en donde mora, / esa sombra protectora / que por mi mal no respira.” Y, dirigiéndose a la estatua de doña Inés: “¡Mármol en quien doña Inés / en cuerpo sin alma existe, / deja que el alma de un triste / lllore un momento a tus pies!”

Mientras evoca el pasado, don Juan oculta el rostro entre las manos, por lo que no ve cómo un vapor se levanta del sepulcro y oculta la estatua de doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estatua ha desaparecido.

Escena IV

La sombra de doña Inés: “Yo soy doña Inés, don Juan, / que te oyó en su sepultura /.../ Yo a Dios mi alma ofrecí / en precio de tu alma impura; / y Dios, al ver la ternura / con que te amaba mi afán, / me dijo: Espera a don Juan / en tu misma sepultura. / Y pues quieres ser tan fiel / a un amor de Satanás, / con don Juan te salvarás, / o te perderás con él /.../ Ve que si piensas bien, / a tu lado me tendrás; / mas si obras mal, causarás / nuestra eterna desventura. / Y medita con cordura / que es esta noche, don Juan, / el espacio que nos dan / para buscar sepultura.”

Cuando termina su alocución, la sombra desaparece y todo queda como al principio, menos la estatua, que ya no está.

Escena V

Don Juan cree que todo ha sido producto de su imaginación: “¡Sí, por Dios; delirio fue! / Mas su estatua estaba aquí /.../ ¡Y ahora sólo el pedestal / veo en la urna funeral!” Mientras trata de buscar una explicación, las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él, que las encara desafiante.

Escena VI

Centellas y Avellaneda llegan junto a don Juan, quien los confunde con nuevas sombras. Centellas se ríe de sus delirios: “¿Os arredra, / don Juan, como a los villanos, el temor de los difuntos?”. “No a fe; contra todos juntos / tengo aliento y tengo manos. / Si volvieran a salir / de las tumbas en que están, / a las manos de don Juan / volverían a morir.” Don Juan invita a sus amigos a cenar en su casa, convidando entre burlas también a los muertos.

Acto II. La estatua de don Gonzalo

Aposento de don Juan Tenorio. Sentados a la mesa, don Juan, Centellas y Avellaneda. Hay una silla y un cubierto desocupado

Escena I

Don Juan explica su presencia en Sevilla por la gracia del Emperador: "Aunque oyó mi historia entera, / dijo: 'Hombre de tanto brío / merece el amparo mío; / vuelva a España cuando quiera.'" La casa en que don Juan convida a sus amigos ha sido comprada por él ese mismo día a "un necio que se arruinó / por una mujer." Entre risas, brindan por el Comendador, a quien está reservada la silla vacía. En ese momento, llaman a la puerta. Ciutti no ve a nadie en la puerta. Mas la aldaba vuelve a sonar. Y una tercera vez, ésta dentro de la casa. Y una cuarta en la antesala. Y una quinta en el salón. Convencido de que se trata de una broma de sus amigos, don Juan corre los cerrojos del salón: "Ya están las puertas cerradas; / ahora el coco, para entrar, / tendrá que echarlas al suelo." Una nueva llamada hace que el anfitrión invite a pasar al supuesto bromista: "¡Señores! ¿A qué llamar? / Los muertos se han de filtrar / por la pared: ¡Adelante!" Por la puerta, y sin abrirla, pasa la estatua de don Gonzalo.

Escena II

Avellaneda y Centellas caen desvanecidos. Don Juan se repone y señala la silla vacía: "Cenemos, pues; más te advierto /.../ que si no eres el muerto / lo vas a salir de aquí." La estatua acepta la invitación: "Al sacrílego convite / que me has hecho en el panteón, / para alumbrar tu razón / Dios asistir me permite / Y heme que vengo en su nombre / a enseñarte la verdad; y es: que hay una eternidad / tras de la vida del hombre. / Que numerados están / los días que has de vivir, / y que tienes que morir / mañana mismo, don Juan /.../ Dios en su santa clemencia / te concede todavía / un plazo hasta el nuevo día / para ordenar tu conciencia." Don Gonzalo emplaza a don Juan a devolverle la visita al día siguiente en el sepulcro. Irritado, don Juan dispone su pistola, pero la sombra se desvanece a través de la pared.

Escena III

Ahora, en la pared se transparenta la sombra de doña Inés.

Escena IV

La sombra pide a don Juan que acuda a la cita del Comendador: "Mañana, don Juan, / nuestros cuerpos dormirán / en la misma sepultura."

Escena V

Don Juan despierta a sus amigos, exigiéndoles confesar que todo ha sido un truco por ellos urdido. Pero los invitados recelan que es él quien los está burlando y la cosa acaba en duelo.

Acto III

Panteón de los Tenorio. Faltan las estatuas de Inés y Gonzalo.
Sombras, estatuas, espectros, ángeles

Escena I

Don Juan se excusa de haber dado muerte a sus dos invitados: “¡No fui yo, vive Dios! ¡Fue su destino!” Llama al sepulcro del Comendador. El sepulcro se transforma en una mesa, que parodia la del acto anterior, cambiando manteles, flores y servicio por culebras, huesos y fuego. Sobre la mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena. Todos los otros sepulcros se abren para dejar paso a las osamentas de las personas enterradas en ellos, envueltas en sudarios.

Escena II

Ante estas apariciones, don Juan exclama: “¡Jesús!” Y luego: “¡Ay de mí!” La estatua de don Gonzalo invita a don Juan a comer fuego y ceniza: “Te doy lo que tú serás.” Don Juan no termina de entender: “¡Ceniza bien, pero fuego...!” “El de la ira omnipotente, / do arderás eternamente / por tu desenfreno ciego.” “¿Conque hay otra vida más / y otro mundo que el de aquí? / ¿Conque es verdad, ¡ay de mí!, / lo que no creí jamás? /.../ ¿Y ese reloj?” “Es la medida / de tu tiempo /.../ En cada grano se va / un instante de tu vida.” “¡Injusto Dios! Tu poder / me haces ahora conocer, / cuando tiempo no me das / de arrepentirme /.../ ¡Imposible! ¡En un momento / borrar treinta años malditos / de crímenes y delitos!” Se oyen campanas tocando a muerto. Don Gonzalo apremia: “Las campanas doblando / por ti están, y están cavando / la fosa en que te han de echar.” Cantos de funerales, rezos, luz de hachones... “¿Y aquel entierro que pasa?” “Es el tuyo.” “¡Muerto yo!” “El capitán te mató / a la puerta de tu casa.” El arrepentimiento invade a don Juan: “Tarde la luz de la fe / penetra en mi corazón /.../ mi razón /.../ ve a Dios en su plenitud / de su ira contra don Juan. / ¡Ah! Por doquiera que fui, / la razón atropellé, / la virtud escarnecí / y a la justicia burlé. / Y emponzoñé cuanto vi, / y a las cabañas bajé, / y a los palacios subí, / y los claustros escalé, / y pues tal mi vida fue, / no, no hay perdón para mí.” Sin embargo, don Gonzalo le tiende la mano: “Injusto fui contigo, / y Dios me manda tu amigo / volver a la eternidad.” Don Juan le entrega su mano, pero al instante la retira: “¡Aparta, piedra fingida! / Suelta, suéltame esa mano, / que aún queda el último grano / en el reloj de mi vida /.../ Suéltala, que si es verdad / que un punto de contrición / da a un alma la salvación / de toda una eternidad, / yo, santo Dios, creo en ti; / si es mi maldad inaudita, / tu piedad es infinita... / ¡Señor, ten piedad de mí!” Pero la estatua le responde: “Ya es tarde.” Las sombras y esqueletos se abalanzan sobre él, pero doña Inés sale de su tumba para tomar la mano que don Juan tiende al cielo.

Escena III

Inés redime a don Juan: “Dios perdona a don Juan / al pie de mi sepultura /.../ Fantasmas, desvanecidos: / su fe nos salva... volveos / a vuestros sepulcros, pues / la voluntad de Dios es /.../ Misterio es que en comprensión / no cabe de criatura /.../ que el amor salvó a don Juan / al pie de la sepultura.” Todos, esqueletos y estatuas, vuelven a sus lugares. Las flores se abren y dan paso a varios angelitos, que rodean a doña Inés y a don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce se ilumina el teatro con luz de aurora.

Escena IV

Don Juan ensalza la gloria de Dios: “Quede aquí / al universo notorio, / que pues me abre el purgatorio / un punto de penitencia, / es el Dios de la clemencia / el Dios de don Juan Tenorio.” Cae a los pies de doña Inés. De sus bocas salen sus almas, representadas en dos brillantes llamas que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.